

LOS OFICIOS EN SAN ROQUE

Oralidad y Memoria



MATAPALO
CARTONERA

Asociación Guardianes del Patrimonio San Roque

©De la conceptualización e idea original: MATAPALO CARTONERA.

©De la mediación y cuidado del texto: Víctor Vimos.

©De las narraciones: Emperatriz García, Gloria Navarro, Geovana Cisneros, María Clemencia Quishpe, Patricia Pavón, Rosa Lagla, Gloria Navarro, Martha Madrid, Norma Salas, Blanca Ganchala y Helena Puruncajas.

Cuidado editorial:

Victor Vimos, Gabriela Falconi y GESULTURA.

Diagramación:

Rogelio García

Dirección de Talleres de armado de libros:

Edwin Lluco.

Coordinación General:

Gescultura 

Con el apoyo de:

 CASA DEL ALABADO
MUSEO DE ARTE PRECOLOMBINO



Casa Gangotena

Asociación de vecinos Guardianes del Patrimonio San Roque: (02) 2289441

Fundación Gescultura: (02) 3152670

Quito-Ecuador

Un tejido es la condensación del infinito: miles de hilos, colores y texturas, toman forma bajo la acción de la mano y el telar. Del mismo modo, una voz es siempre la agrupación de una multitud de voluntades: esfuerzos, deseos, amor profundo por lo que se ha de pronunciar. Y lo que se pronuncia, a su turno, no es más que aquello en lo que se creó. De esa forma se construye el mundo.

El mundo de San Roque es el lugar de partida y retorno de esta aventura narrada: viaje que enlazando los sentidos y el recuerdo, desafía al territorio de la tinta y el papel para convertirse en calle, sonrisa, bebida, estrella, juego, baile, nube, lágrima, sombrero; la esencia de un tejido que sin extraviar cada color, cada forma, cada combinación, muestra la faz de un universo plural y compartido.

La voz, vehículo en este viaje, está sostenida en la transparencia con que los vecinos del barrio se han apropiado de su historia hasta convertirla en el argumento desde el que resisten a la tempestad del tiempo.

Para ellos, para su valentía, para su gran ejemplo, para su infinita sabiduría, dioslespague.

v.v.

La Asociación de vecinos Guardianes del Patrimonio San Roque comenzó sus actividades en el 2009, aunque se constituyó legalmente en 2011. Nuestra asociación es un espacio en el que participan vecinos, artesanos y comerciantes del barrio de San Roque. Hemos desarrollado dos proyectos: Caminos de San Roque y un emprendimiento artesanal de *souvenirs*, con los cuales queremos mostrar el patrimonio de San Roque.

La Asociación es para mí una familia que quiere mostrar lo bueno del barrio. Los vecinos han encontrado en nuestra organización un espacio en el que pueden expresar sus puntos de vista acerca del sector y aportar con iniciativas para el mejoramiento del mismo; entre ellas, están, por ejemplo, las mingas que realizábamos y la Plaza Vive, una actividad en la que mostrábamos la cotidianidad de San Roque y sus oficios.

Para mí, siendo la más joven del grupo, la Asociación significa mucho, porque los vecinos han confiado en mí con respecto al proyecto Caminos de San Roque, y yo he hecho lo que ha estado a mi alcance para sacarlo adelante. Cuando me preguntan que cómo llegué hasta aquí sin haber terminado la universidad, digo que lo logré por todo lo que he aprendido de las experiencias de los vecinos. Hemos llegado a formar lazos de amistad muy grandes, todos estamos pendientes de lo que sucede y queremos lo mejor para el barrio. Es chévere trabajar en la Asociación, se aprenden cosas a diario, los vecinos me dan alegría y fuerza para seguir con el proyecto, y a pesar de todo seguir unidos.

Quiero decir también que el barrio siempre me ha gustado. Antes había más gente y a pesar de que no teníamos espacios para jugar, usábamos con mis amigos las calles. Por varias circunstancias muchas personas se han ido, quizás por el mismo hecho de que se dice que San Roque es peligroso. Yo creo que es tan peligroso como en cualquier parte, ni más ni menos. Ahora me siento bien en el barrio y estoy intentando que la demás gente sienta que es el lugar más adecuado para vivir porque puedes encontrar todo en el mismo sector, es perfecto. Además, podemos ser vecinos, contar con el otro, podemos saludar.

Creo que esto que acabo de decir se refleja en las historias que relatamos en estas páginas. Pienso que cada uno de estos libros permite que no se deje en el olvido a uno de los barrios más tradicionales de Quito; yo diría, el único barrio vivo. Con estos libros dejamos un legado para las nuevas personas que vengan a vivir al barrio, un recuerdo para los que por aquí pasamos y un aporte a la memoria de la ciudad.

Paola Carrera

**Anfitriona Comunitaria / Administradora-Caminos de San Roque
Asociación de Vecinos Guardianes del Patrimonio San Roque**

En mi bazar los niños son los que más preguntan

Φ FABIOLA NIETO

Yo soy originaria del barrio San Roque. Tengo un local en el Mercado San Francisco, es un pequeño bazar en el que vendo de todo: golosinas, fundas plásticas, pañales, caramelos, juguetitos.

No siempre trabajé ahí. Antes laboré en EMPROVIT, un comisariato grande que tenía sucursales a nivel nacional. Después de veinte años de servir ahí, me despidieron porque la empresa quebró.

Cuando ingresé por primera vez a esa empresa fue como auxiliar del almacén, después me dijeron que pase a la oficina como contadora, pero a mí no me gustaba. Querían enviarme a hacer muchos cursos para prepararme como administradora, pero me negaba, diciendo que a mí no me gustaba estar en la oficina sino en la tienda, en contacto con el público. Al final trabajé dieciocho años en la tienda; los dos últimos me llevaron a la oficina de contadora.

Cuando me despidieron pensaba que dormiría hasta las once o doce de la mañana. Había salido con liquidación, pero el dinero se acaba.

Después de un tiempo me di cuenta de que era horrible pasar en la casa y me cansé de tanta vacación. Se me ocurrió

acudir a un mercado y preguntar si me podían alquilar un puestito para empezar algún negocio.

Por esos mismos días sufrí una trombosis que me afectó sobre todo a la pierna derecha: no podía caminar. Eso me costó mucho porque pasé cerca de tres años en rehabilitación diaria en el Seguro Social.

Una vez que me recuperé, volví a ver qué pasaba con esa idea que tuve sobre el puesto en el mercado. Las vendedoras me decían que sería difícil que me dieran un local nuevo, que ya todo estaba ocupado. Como yo veía que mi situación cada vez se iba apretando más, decidí irme a la Dirección de Mercados y encontré a un señor al que, donde quiera que esté, hasta ahora le agradezco. Él me ayudó, me dio un puesto en el Mercado San Francisco.

Ese señor, antes de darme el puesto, me preguntó que qué negocio pensaba poner. Un bazar, le contesté, para vender de todo un poco. Y así fue. El primer año me fue fatal porque me robaron, no vendía nada y todo parecía estar en mi contra. Cansada de eso, fui a agradecerle al señor, a decirle que le entregaba el puesto porque no se vendía nada. Al escucharme me dijo que no me diera por vencida, que esperara, que ya lo más fuerte había pasado. Le respondí que no quería perder otro año más y se mostró dudoso. Después le conté que todas las ganancias que obtenía del bazar me las comía porque ya no tenía mucho capital. Después de escucharme me propuso cambiarme de puesto a un lugar que se había desocupado recientemente. Ahí me fue mejor: vendía colas, golosinas, algunos trastes, juguetes y cosas diversas. Hasta ahora estoy en ese lugar.

En mi bazar tengo unas vitrinas, un mostrador y perchas para exhibir, donde puedo poner las colas, los productos

para la higiene, unos frascos para los caramelos, un charolito para que los niños tomen lo que les guste. Yo les dejo entrar a los chicos al bazar, a diferencia de otros vendedores que tienen los locales cerrados con puertas de protección. Yo siempre les permito ingresar y creo que por eso me vienen a comprar: entran y toman lo que quieren.

Los niños son los más preguntones. A veces vienen y me dicen: Fabi, ¿cuánto vale esto? ¿Y esto? ¿Y eso? Y así preguntan por todos los productos. Yo les pido que me dejen ver cuánto dinero tienen y me enseñan un centavo; cuando me ven sorprendida, me dicen: Pero, ¿qué pasa? ¿No hay vuelto?

Desde pequeña aprendí a cuidar plantas

Φ ROSA GONZÁLEZ

Yo soy oriunda de Túquerres, población perteneciente al Departamento de Nariño que está ubicada en el sur de Colombia. Resido en el barrio San Roque desde hace veintiocho años.

Tengo un local entre las calles Rocafuerte y Cuenca, y me dedico a la venta de las plantas medicinales de la Sierra, Costa y Oriente. Soy más conocida porque desde hace quince años vendo el Agua de la Vida: una infusión preparada con veinticinco plantas medicinales, muy apetecida por todos los visitantes de este sector.

A mis diecisiete años, en la ciudad de Tulcán, conocí a mi esposo: él era comerciante de gafas. Siempre decía que no le gustaba Tulcán porque hacía mucho frío, así que nos cambiamos a vivir en Quito.

En esta ciudad continuamos con el negocio de las gafas: las vendíamos en San Blas. En el balde de la camioneta que teníamos en ese tiempo poníamos los tableros para exhibir la mercadería. Ese fue nuestro sustento durante diez años.

Los terrenos de ese sector eran baldíos, pero ya por esa época empezaban a venderse para urbanizar y edificar, para

levantar un banco y construir la parada del Trole Bus. Por eso nos pidieron que nos retiremos, ya no podíamos seguir trabajando ahí.

Entonces nos fuimos a vivir en Ambato, ciudad de la que es oriundo mi esposo. Allí su familia tenía el negocio de venta de medicinas y agüitas medicinales. Ellos me aconsejaron vender el Agua de la Vida. Trabajar con las plantas para mí no era nuevo, pues en mi niñez, en Túquerres, aprendí con mi madre y mis hermanos a usar todo lo que nos daba el campo. Yo conocía las plantas medicinales desde hace tiempo.

Al regresar de Ambato a Quito yo venía muy decidida a emprender ese nuevo negocio. Sin perder tiempo compré todas las hierbas que necesitaba en el Mercado Central e hice las agüitas. Desde la primera vez me fue muy bien: fui la única vendedora de esa preparación en los alrededores del Mercado San Francisco, adonde llegaba con una pequeña carretilla en la que transportaba todos mis materiales de trabajo. Después de dos años, más o menos, empezó a aparecer la competencia.

Sin embargo, yo tenía bastantes clientes: vendía a mil sures el vaso de Agua de la Vida, al que acompañaba con dos cápsulas de vitamina y miel. Eso a la gente le encantaba. En esa época mi marido se puso un local de venta de medicina natural, donde también dejaba un termo con agua para que él la vendiera a los vecinos del sector.

Todos los días yo terminaba la jornada a las diez de la mañana y bajaba del mercado en una camioneta contratada en la que trasladaba mi carretilla. Esa camioneta la manejaba un señor bastante mayor. Una mañana les pedí a mis hijos que se

adelantarán a pie a la casa; ellos siempre se subían en el balde de la camioneta, pero ese día, por un presentimiento, no quise que lo hicieran. Entonces esperé al señor, embarcamos las cosas y cuando íbamos por la bajada del Penal se le fueron los frenos al carro y nos volcamos: yo me rompí toda la pierna. Las operaciones y la recuperación duraron cerca de un año. Durante ese tiempo mi esposo siguió vendiendo los productos para sostenernos. Una vez recuperada yo no quería volver al mercado, así que me puse el local en la calle Rocafuerte, junto al de mi esposo, en donde estamos en la actualidad.

Los materiales con los que trabajo son, principalmente, plantas y hierbitas. Cada semana tengo que madrugar los días martes para traer del Mercado Primero de Mayo los productos con los que preparo el agüita, a la que le pongo amarradito de purgas, el caballo chupa, malva, llantén, diente de león, hojas de boldo, chanca piedra, flor blanca, linaza, goma arábica, menta, cedrón, hierba luisa, manzanilla, hoja de naranja, pelo de choclo y, al final, la sábila y el cristalino. Para que vaya con el colorcito rojo le pongo el amaranto, más conocido aquí como el ataco.

También vendo colonias y jabones que me traen desde Perú y Colombia. Hay alguna gente creyente en el efecto de estas preparaciones y siempre vienen a comprar.

A muchas personas que han venido con dolores fuertes yo les he recomendado el Agua de la Vida y se sienten mejor, así que regresan trayendo a sus familiares para que también tomen el preparado. Cuando no pueden venir todos los días piden que les venda un paquete de hierbas ya secas para que ellos hagan el agüita en sus casas.

El amor nació entre los sombreros

Φ LUZ MARÍA ZAMBRANO

Yo soy oriunda de la ciudad de Riobamba. Vivo en Quito desde mi juventud, pero en el sector de San Roque estoy desde hace unos quince años.

Me dedico a la fabricación de sombreros. Primero tuve el negocio entre las calles Benalcázar y Rocafuerte, luego entre la Benalcázar y 24 de Mayo, después me pasé a la Rocafuerte y Benalcázar, y, finalmente, a la Rocafuerte y Cuenca, donde ahora me encuentro. La razón principal para tanto cambio de local ha sido porque las casas en las que he alquilado se han vendido y, poco a poco, he tenido que adecuarme a los nuevos espacios.

En mi negocio vendo sombreros que fabrico junto a mi esposo: él los confecciona y yo los distribuyo. El oficio lo aprendí de mi tío, Ángel Escobar. Él era oriundo de Riobamba y trabajaba en esa ciudad para Don Ramón Noboa, un renombrado comerciante de sombreros. Mi abuelita, quien trabajaba en un depósito de leña de Don Noboa, le había pedido de favor que le reciba a su hijo, es decir, a mi tío, para que aprenda el oficio de armar sombreros.

Una vez que mi abuelita murió, mi tío puso su propio taller en el centro de Riobamba. Ahí tenía un local grande donde trabajaba con sus operarios.

Yo era la única sobrina y siempre me gustó salir de la escuela a molestar a mi tío en el taller: me manchaba las manos, el vestido, todo el uniforme con el pegamento con que trabajaba. Y le decía que me gustaría aprender ese oficio, pero él no me tomaba en serio: anda a traer el almuerzo primero, me decía, medio en broma.

La temporada más bonita para mí eran las vacaciones porque tenía todo el tiempo del día para ayudarlo y aprender en el taller con mi tío. Incluso durante las clases, como entonces se estudiaba en doble jornada, me las arreglaba para poder estar junto a él. Poco a poco fui aprendiendo todo lo necesario para armar un sombrero. Me gustaba pegar los cintillos, pero me molestaba engomar porque me manchaba demasiado las manos.

Yo ya había empezado a estudiar en el colegio cuando Don Nelson Noboa, hermano de Don Ramón, le propuso a mi tío traerlo a trabajar a Quito. Y él aceptó: vendió su taller en Riobamba y se vino a trabajar en la capital, en un local ubicado en plena Plaza del Teatro, entre las calles Manabí y Flores. A mí no me quedó más que terminar las clases y venirme a Quito a pasar las vacaciones, y a trabajar con mi tío.

Vivíamos en La Magdalena y todos los días veníamos a pie hasta el Palacio Arzobispal, donde había unas tiendas en las que se vendían sombreros confeccionados por los extranjeros: turcos como los Charmani, los Granni, los Eljuri, quienes también vendían casimires, corbatas, camisas.

Una vez graduada en Riobamba me vine definitivamente a Quito para ayudarlo a mi tío. Mi llegada coincidió con la de

un operario del taller de mi tío: un joven riobambeño al que conocí y del que me enamoré. Él era artesano, ya sabía el oficio, y yo era una ayudante, algo me sabía defender. Así que sin pensar más nos casamos.

Años más tarde, mi tío se retiró de la venta de sombreros y se dedicó al negocio de los terrenos. Mi esposo le compró todos los implementos del taller y así pudimos montar nuestro propio negocio. Cuando empezamos nuestro local estaba en la ciudadela México. Ahora lo tenemos en nuestra propia casa, ubicada en la antigua vía a Los Shyris, por el sector de la Loma de Puengasí. Allí confeccionamos los sombreros que yo vendo en el local. En la casa tenemos trabajo: durante la madrugada me levanto para ayudar a mi marido y juntos dejamos listos los sombreros para la venta de todos los días.

Últimamente mi esposo sale a ferias en algunos pueblos donde hay fiestas, por ejemplo, a Pintag y Machachi. Cuando estas ferias son los días domingos, aprovecho para acompañarlo.

Hemos tenido cinco hijos fruto de nuestro matrimonio: tres varones y dos mujeres; ninguno de ellos ha aprendido el oficio.

Para trabajar necesitamos una mesa grande, un tablero, un burrito de fierro donde se pone la plancha eléctrica. La campana del sombrero se compra en la fábrica ubicada en el barrio Chimbacalle o se trae importada para los sombreros finos, como el fieltro y la gamuza que vienen de Italia y Alemania. Se trabaja también con la goma que utilizan los carpinteros, esa nos traen desde Cuenca, como la cola granulada.

Nosotros no tenemos ningún secreto en la elaboración de nuestros productos.

En todo este tiempo he sentido varios cambios en mi negocio, no solo porque me ha tocado transitar por algunos locales, sino porque el mismo sector de San Roque ha cambiado: con el traslado del Mercado San Francisco toda la clientela que teníamos ha desaparecido, a eso se ha sumado la pérdida de clientela por mis cambios de local. Por eso estoy pensando en dejar de tener mi negocio aquí y dedicarme a acompañarle a mi esposo a las ferias o trabajar solo por entregas en mi taller.

El matrimonio y la mortaja del cielo bajan

Φ ROSARIO CHILIGUANO

Yo me dedico a la confección de ajuares sacros, vestimentas que se utilizan para cubrir a la imagen del Niño Dios y a otras imágenes religiosas.

Conocí el sector de San Roque desde muy pequeña. Las personas con las que viví desde los seis hasta los trece años en el barrio de Guajaló, tenían una tienda. A la señora Mariita –así la llamaba yo- siempre la acompañábamos a hacer compras en el mercado de este barrio. Cuando estuve más grande recorría a pie este sector hasta tomar el bus que nos llevaba a la casa.

A mí siempre me ha gustado hacer trabajos manuales y sobre todo dedicarme a la confección: entre mil novecientos setenta y siete y mil novecientos setenta y ocho, seguí cursos de corte y confección, y obtuve un diploma en esa rama. Además me gradué en el colegio Fernández Madrid. Pero esa no era la educación que yo esperaba: deseaba seguir Industria del Vestido pero a mi padre le pareció una profesión sin futuro, así que me pidió que siga otro camino. En la Universidad estudié Contabilidad y Auditoría: diez años trabajé como Administradora de Fondos hasta que me quedé sin empleo.

En la época en que mi madre nos traía de compras a San Roque conocí a una de sus comadres, a la señora Estelita de

Hurtado. Ella solía vender los ajuares y mi mamá le venía a comprar esas vestimentas para los dos niñitos que teníamos en casa, así como una capa y túnica para la sagrada imagen de nuestra parroquia, la Santísima Virgen de La Merced. Un día, viendo cómo eran los trazos de esas piezas, logré confeccionar la túnica para la misma imagen y la adorné con chaquira y lentejuela. De ahí en adelante y durante tres años más, las seguí confeccionando. Ahora con mayor razón, yo soy quien le confecciona sus ajuares con mucho amor y dedicación.

Cuando anduve sin trabajo vine a visitar a la señora Esthelita y me quedé ayudándole unos días en su taller. Entonces me enteré que su hija se había casado y que ya no tenía tiempo para ayudarle en el oficio. Me pidió que yo me hiciera cargo de la administración del local. Desde enero de 1999, empecé a trabajar y durante diez años administré el negocio.

Lo primero que me enseñaron fue a decorar los trajes más pequeñitos, debía adornarlos con chaquira y lentejuela. También me enseñaron a confeccionar las sandalias que se hacían con brocado dorado y a mano. Poco a poco fui aprendiendo hasta que pude dominar todas las técnicas necesarias para este trabajo.

Después llegué a ser propietaria del negocio con cero sueres. Nunca pasó por mi cabeza que iba a quedarme en ese oficio, yo pensaba trabajar unos años e instalarme en mi casa, donde tengo un local sobre la Maldonado, una de las principales avenidas en el sur de Quito.

Todo sucedió cuando doña Esthelita me propuso que le compre el negocio de los ajuares. Yo rechacé ese ofrecimiento porque no tenía con qué pagar: ganaba el básico y no estaba en

condiciones de llegar a un acuerdo. Nunca fui acostumbrada a hacer negocios sin el dinero necesario. Un año después la señora me volvió a proponer. Entonces me quedé pensando, procedí a hacer un inventario de todo lo que teníamos en el taller y me decidí. Ella me dio oportunidad de que le pague por temporadas, es decir, no un pago mensual sino por cada época en que la venta se ponía más alta. Así es como desde hace cinco años soy la dueña del almacén El Manto Sagrado, gracias a Dios y al corazón generoso de doña Esthelita Suárez de Hurtado.

Aquí ocupamos la máquina overlock doméstica, las tijeras y la plancha. Los materiales en su mayor parte son telas como el terciopelo, gamuza, la carola, que es la tela que usamos para forrar las prendas; también hilos, chaquiras, lentejuela, grecas, encajes, cordones y flecos dorados y plateados.

Con el tiempo han ido variando los materiales y las técnicas para este trabajo. Ahora, por ejemplo, ya no se ve mucho el brocado que es muy lindo para confeccionar las sandalias de las imágenes. Ha sido reemplazado por el lamé dorado, una tela muy sensible para trabajar. Cuando empecé había un terciopelo muy lindo, se llamaba Tres Coronas, pero lo han dejado de fabricar por el alto costo y la gente ya casi no puede pagar.

Yo me dedico por completo a mi actividad y solo la alterno con mis labores en la Pastoral de mi parroquia.

No me casé, soy madre soltera, tengo una hija que es una bendición para mí. Creo que no dije que sí cuando tuve que decirlo. El día en que estuve firmando los papeles del contrato de este local, el dueño de casa me preguntó sobre mi estado civil y al escuchar que era soltera volvió a preguntarme

extrañado por qué no me había casado. Le respondí que en mi juventud, cuando mis amigas y familiares me preguntaban que cuándo me caso, yo les decía que prefiero vestir santos a desvestir borrachos, y aquí me tiene. Claro que he tenido propuestas para casarme, pero como dice el dicho: matrimonio y mortaja del cielo bajan. El matrimonio no bajó para mí, pero la mortaja de seguro baja.

La piel de los santos tiene salvación

Φ ROCÍO CARRIÓN

Yo soy restauradora de imágenes religiosas. Vivo en el sur de Quito, pero mi padre, de quien aprendí el oficio, fue oriundo del barrio San Roque: aquí creció, aprendió el oficio y abrió su taller de restauración. Trabajó durante sesenta años.

Cuando éramos niños, junto con mi hermano, y salíamos de vacaciones escolares acompañábamos a mi papá a su taller porque no teníamos con quién quedarnos en la casa. A su lado permanecíamos desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde, hora en la que mi mamá salía del trabajo y pasaba por nosotros.

Durante esas horas mi papá nos enseñaba su oficio. Recuerdo sobre todo que había imágenes religiosas de madera, no de yeso como ahora.

Cuando algún cliente traía una imagen de yeso que ya no tenía compostura, mi papá la golpeaba con un martillo para que nosotros cerniéramos el material restante a fin de reutilizarlo. No era una labor que nos agradara mucho porque mi papá era muy cascarrabias y, cuando algo le salía mal, le daba a mi hermano con la imagen del santo en la cabeza. Mi padre era una persona que nos generaba recelo y al saberlo tan bravo no teníamos afición de seguir su oficio.

Cuando crecimos, casi terminando el colegio, mi padre cambió: con paciencia nos llamaba, nos enseñaba, pidiéndonos que aprendiéramos sus técnicas pues, decía, que después de sus días las labores de restauración de imágenes religiosas se iban a acabar. Ahí sí sentimos empeño y ganas de aprender todas las formas que usaba mi papá para trabajar.

Años más tarde me gradué de contadora en el colegio Fernández Madrid, pero no ejercí mi profesión: me casé y me dediqué al cuidado de mis hijos. Mi hermano, en cambio, trabajó en este oficio luego de que mi papá murió. Ocupó su mismo taller durante dos años, pero la casa en la que se encontraba fue vendida, teniendo que desocupar sus instalaciones. Se trasladó con el local unas cuadras más arriba, pero poco tiempo después sufrió un robo y todas las imágenes y herramientas se perdieron.

La gente que había dejado sus santos para que los compusiera le venía a reclamar. Mi hermano tuvo que salir un tiempo de acá porque incluso le habían puesto juicio. Viendo todo eso yo decidí retomar el trabajo para que esta labor, que casi estaba desapareciendo, no se olvide.

En el sur de Quito, en mi casa, empecé a trabajar. Alguna gente que conocía a mi papá sabía que yo era su hija e iba a dejarme sus imágenes para que yo las restaurara. Me golpeaban la puerta y me pedían de favor que les ayude arreglando sus santos. Todas esas personas me decían que por qué no monto un taller de restauración como el que tenía mi papá, pero a mí esa idea me daba recelo: es duro empezar y conseguir clientela. Sin embargo, venciendo esos temores me animé a empezar y busqué un local en el barrio San Roque.

El primer año de trabajo fue bastante complicado: no tenía clientes y cada mes había que pagar el arriendo, los materiales de trabajo, todo. Poco a poco, con mi lucha, fui consiguiendo que la gente me conociera. Llegaron a saber que yo era hija del señor que tantos años tuvo el taller en este mismo sector y venían a preguntar por él.

Trabajé sola durante diez años en ese local, pero luego se me unió mi esposo a esta labor cuando la fábrica de manufacturas del Ejército en la que él trabajaba cerró y él se quedó sin empleo. Empezó a buscar trabajo y nada, así que le propuse que se quedara a mi lado en el taller y que aprendiera el oficio. Él aceptó y ahora tiene su propia clientela, le vienen a buscar para que componga la piel de los santos.

Hace una década utilizábamos la cola de carpintero para unir las partes rotas de las imágenes pues mi papá nos había enseñado cómo teníamos que trabajar con ese material, así como con la cola en pasta y la cola granulada. Además utilizábamos el aserrín para pegar las imágenes de madera. Esos materiales se diluían en agua y causaban un olor bastante fuerte.

En nuestro trabajo utilizamos además macilla plástica que demora mucho menos que el yeso en secar pues, en cinco o seis minutos, hace que la macilla esté completamente lista. Antes, una restauración duraba entre tres y cuatro días, pero ahora, como piden que el trabajo esté de inmediato, tuvimos que aprender el uso de esos nuevos materiales. También ocupamos cola blanca, tiza en lugar del yeso para que la imagen quede más lisa, así como cuchillos, óleos, pintura acrílica, pinceles y lijas.

Además de la restauración realizamos encarnes en el rostro, es decir, curamos los lastimados, rasguños o marcas que le quedan en la piel. Para eso utilizamos un aceite que ya no se encuentra en el mercado y que nos entrega un proveedor cada tiempo, y pigmentos naturales para que no dañen la piel.

Hace unos años una señora vino con una imagen religiosa de madera, que ahora casi ya no se ve, para restaurarla. Yo acepté el trabajo y cuando quise encontrar los materiales con los que mi padre realizaba su labor, me topé con que ya no los vendían. Poco a poco se han ido perdiendo los elementos porque los mismos maestros restauradores se van acostumbrando a los nuevos materiales.

El trabajo en el taller, por suerte, no falta. Sí hay temporadas como las vacaciones escolares en las que decae un poco, pero siempre es constante los encarnes en la piel: la gente llega golpeada porque se han caído, les han robado o han tenido alguna pelea. Las personas vienen a curarse más que los santos.

El tiempo bueno de este trabajo, en cambio, se ubica entre noviembre y febrero. Durante ese lapso se hacen las misas al Niño Dios y a los santos que cada familia guarda especialmente. Tenemos trabajo hasta la madrugada y, como no avanzamos a terminarlo en el taller, llevamos algunas imágenes a la casa. Nos ayuda mi hijo, que está aprendiendo el oficio, pero trabaja esporádicamente porque su profesión es otra.

Yo creo que quizá con nosotros, mi esposo y yo, este trabajo se acabe en la familia. Mis hijos han elegido sus aficiones, pero no tienen que ver con la restauración. Tampoco les obligo.

Al buen artesano también le queda el compás

Φ CÉSAR ANCHALA

Yo soy sanroqueño de pura cepa. Pertenezco a la segunda generación de personas que se dedican a confeccionar sombreros en mi familia.

Nací en la misma casa en donde mi papá tenía su pequeño taller. Desde que tengo uso de razón mi papá se dedicaba a confeccionar sombreros. Él aprendió ese oficio en un taller ubicado en la Loma Grande, un sector conocido por albergar a las primeras sombrererías de Quito; y cuando se casó decidió dedicarse por entero a esta labor.

De ese matrimonio resultamos seis hijos en total. Yo, desde los doce hasta los veinte años, aprendí junto a mi padre todo lo referente a las técnicas para el trabajo con sombreros. A mí no me gustaba mucho esa labor porque era muy sacrificada: me quemaba las manos, me salía sangre en los dedos, callos... porque el trabajo se realiza en ollas de vapor y en condiciones muy adversas. A pesar de eso mi papá me formó como su ayudante en el taller. Él era una persona bastante rígida como si su carácter fuera el de un militar: nos tenía a la raya. En el taller él decía: pásame esto, alcánzame eso, prepárame ese material. A los catorce años yo ya sabía armar un sombrero en su totalidad.

Como muchacho tenía otras ilusiones: me gustaba la Fuerza Aérea. Un día vi un anuncio en la cartelera del teatro en el que se llamaba a los jóvenes interesados en ingresar a las filas de esa institución. Enseguida me animé y empecé a hacer mis papeles sin avisarle a mi padre. Cuando ingresé, mi padre se puso enojado y se negó a dejarme ir, pero yo supe explicarle que tenía ganas de crecer, de aprender un nuevo oficio.

Treinta y dos años serví en la Fuerza Aérea, me casé y tuve tres hijos.

Posteriormente me jubilé. Cuando ya estaba en casa sin ocupaciones de la vida militar, pensaba que empezaría mi tiempo de descanso. Imaginaba desayunar en la cama, quedarme dormido hasta el medio día. Pero una vez ahí, a los ocho días de estar sin hacer nada, todo se volvía feo y casi me divorcio. Es que cuando trabajaba, yo salía a las seis de la mañana y retornaba a las ocho de la noche: mi mundo la FAE. Al pasar tanto tiempo en la casa no sabía qué hacer, en qué ocuparme y empezaron los disgustos con mi esposa. Ella me decía que la espere un momento en la casa, que iba a regresar del supermercado y cuando me quedaba solito me sentía muy mal, entonces salía enseguida a buscar a mi esposa. Sorprendida me preguntaba que qué me pasaba, por qué reaccionaba así, y yo solo atinaba a responderle que no tenía nada en qué entretenerme.

Después de la muerte de mi papá el local de los sombreros se quedó en manos de mi madre y de uno de mis hermanos. Como ella viajó a los Estados Unidos y, posteriormente, a mi hermano le otorgaron la visa a ese mismo país, él me pidió que le acompañe a cerrar todas las cuentas antes de su viaje.

Viendo eso mi señora me preguntó por qué no me hacía cargo del local. Yo ni por idea había pensado en eso porque sabía que el trabajo era duro. Pero me animé: hablé con mi hermano, hablé con mi mamá y aceptaron gustosos dejarme el taller. Después de tanto tiempo volví a trabajar con los sombreros.

Mi padre tuvo como su ayudante a una chica que se llama Lupe. Al quedarme a cargo del taller, Lupe fue quien me ayudó a recordar nuevamente todo lo referente a la confección de sombreros. Ella sabía lo necesario para echar a andar nuevamente el negocio. Empezamos por adecuar el taller en la parte posterior de la tienda donde se exhiben los sombreros, luego nos dedicamos a ver qué material teníamos y finalmente decidimos abrir al público.

Un día llegó un señor pidiendo que le planchen su sombrero. Yo escuché que Lupe aceptaba diciendo: el maestro enseguida le da haciendo. Un poco extrañado me acerqué a preguntarle quién era el maestro. Y Lupe me contestó: usted. Entonces sí me sentí sorprendido porque no sabía cómo hacer nada. Desde ahí fui recordando poco a poco el oficio. Es como a los músicos cuando han sido buenos: el compás les queda.

En el taller trabajamos con una mesa de madera, una plancha eléctrica y hormas –cada una con su numeración–, obillones y una campana, que es la materia prima para el sombrero.

Las técnicas para el trabajo han cambiado. Antes a la horma, en bruto, se la engomaba con la campana y se metía todo eso en unas ollas de vapor. Una vez que estaban hirviendo teníamos que abrirlas en la parte del cono para darle forma al sombrero. Por eso las manos quedaban reventadas, hirviendo,

llenas de sangre. Ahora todo es diferente: puedo hacer cuatro sombreros en una tarde.

Mi trabajo lo realizo por tradición antes que por necesidad. La gente ya me conoce y hasta la actualidad algunos preguntan por mi papá. La clientela es variada: no solo vienen personas mayores sino jóvenes, integrantes de los grupos de ballet, a comprar sombreros. Enseguida se pasan la voz entre ellos y, al poco tiempo, tengo a un grupo más numeroso comprándome. Además están los chicos que desean un sombrero personalizado. Sin problemas yo se los confecciono y cuando sus amigos les preguntan dónde obtuvieron un sombrero así, ellos también vienen por mi tienda.

Adicionalmente vendo caretas que elaboro en mis ratos libres.

Para mí el mundo del sombrero es un arte en el que me esmero en intervenir de la mejor manera, recordando todo lo que aprendí en mi juventud, pero también aprendiendo de la gente que durante años ha llevado adelante este oficio. Mis hijos tienen sus propias ocupaciones. No creo que sigan con esta tradición, pero eso no me preocupa. Yo me dedico a cada sombrero como si fuera una joya a la que doy forma con mis manos.

El vozarrón del barrio

Φ DIEGO SALAZAR

Yo soy oriundo de San Roque. Nací en una casa ubicada entre las calles Cuenca y Bolívar, frente a la Plaza San Francisco. Soy el canillita del barrio: vendo periódicos en la Cruz de Cantuña. He vivido aquí toda mi vida. Mis padres y hermanos han trabajado antes en este oficio: todos han vendido periódicos.

Recuerdo que cuando niño, después de clases, bajaba a ayudarle a mi mamá en su venta. También lo hacía en mis ratos libres y los sábados y domingos. Poco a poco me fui enamorando de este trabajo.

Cuando terminé la escuela mi madre me envió a trabajar en la Farmacia Sucre, que estaba ubicada en una de las esquinas de la Plaza San Francisco. La dueña de ese negocio me propuso ayudarme si yo decidía estudiar medicina, pero nunca me gustó esa profesión. Salí de ese trabajo y empecé a estudiar contabilidad: estuve tres años en el Colegio Mejía y luego continué mis estudios en el Colegio Amazonas.

Luego de graduarme conseguí un trabajo en el Colegio Marianita de Jesús pero ni aun así dejé de vender periódicos: aprovechaba los ratos libres para regresar a mi negocio. Hasta que un día me quedé sin trabajo y me dediqué por completo a este oficio de canillita.

Mis hermanos no siguieron con este trabajo: se graduaron y consiguieron otros empleos. Ahora están en otros sitios. Yo me quedé en el barrio, seguí vendiendo periódicos todos los días hasta que, hace poco, conseguí un empleo donde las Hermanas de la Caridad. Ahí hago de todo, pero los sábados y domingos, sin ninguna falta, estoy voceando las noticias de los diarios debajo de la Cruz de Cantuña. Mantengo la clientela que he ido ganando en todos estos años y, a ella, uno aprende a cuidarla.

Recuerdo que cuando era niño la fecha que más esperaba junto a mis hermanos era la Navidad porque el diario El Comercio entregaba juguetes y caramelos a los hijos de todos los canillitas. Nos lanzábamos a la canastilla que le entregaban a mi mamá. Ella fue quien nos enseñó este oficio, cuyo secreto ha sido siempre gritar las noticias y no los nombres de los diarios que se ofrecen.

Pero gritar tiene sus riesgos: en una ocasión, el dueño del Hotel Gangotena, ubicado frente a mi lugar de trabajo, salió a decirme que no grite tanto porque le despierto a sus huéspedes.

Con el tiempo algunos periódicos han ido desapareciendo. Recuerdo que antes se vendía El Tiempo, que tenía sus oficinas aquí en el centro, hasta que desapareció. Lo mismo ocurrió con La Razón, otro diario de esa época. El Telégrafo y El Extra, por ejemplo, no se vendían en Quito y por estas tierras ni siquiera se les conocía.

Mi día de trabajo inicia a las cuatro y media de la mañana: me levanto de la cama y salgo con dirección al sector de la 24 de Mayo donde se ubican las distribuidoras de periódicos. Retiro los que me corresponden y enseguida empiezo

mi tarea: reparto a mis clientes fijos y lo que me sobre lo llevo para la Plaza San Francisco. Una vez ahí, colocó sobre el mostrador todos los periódicos a venderse ese día. Antes de empezar a gritar, debo leer todos los diarios pues necesito saber qué noticias contienen, cuál es la más interesante, qué recomendar a los compradores. A veces los clientes quieren saber qué pasó en tal fecha o qué desenlace tuvo ese caso, entonces yo les cuento porque estoy al día con las noticias.

Mi voz es la herramienta con la que promociono la venta: grito fuerte para llamar la atención de los transeúntes que, de a poco, empiezan a poblar ese sector.

Cuando el día es bueno vendo hasta cien periódicos, pero cuando es malo no alcanzo ni a vender treinta. Por eso uno debe cuidar la clientela que siempre es una venta fija. Antes, cuando nos sobraban periódicos que no se habían vendido, había que pagar al distribuidor por ellos y eso significaba pérdida. Ahora no, todo lo que recibimos es a consignación: si hasta el mediodía no se ha vendido se devuelve al distribuidor.

Durante los años que llevo vendiendo periódicos en las calles de San Roque he sentido cambios que han afectado mi oficio. Por ejemplo, cuando sacaron de acá al Mercado San Francisco y en su lugar construyeron la Plaza Santa Clara, todo ese sector se empezó a llenar de borrachos, de gente que fumaba marihuana y, poco a poco, fueron poblando las demás calles, volviéndolas peligrosas. Luego, el Albergue San Diego se puso en la parte de arriba del barrio y los fines de semana la Plaza San Francisco se llena de malandrines que no dudan en golpearse o apuñalarse por un pedazo de pan. La gente ha dejado de venir y el trabajo ha decaído. ¡Cómo no va a afectarse si hasta las iglesias, que entre

sábado y domingo permanecían llenas de fieles, ahora lucen totalmente vacías!

A mí no me gustaría que otra persona de mi familia se dedique a la venta de periódicos porque es un oficio muy sacrificado y no ofrece ninguna perspectiva de crecimiento. Yo me quedé vendiendo porque era una costumbre que aprendí desde pequeño al lado de mi madre. No espero que nadie más pase esta experiencia, mis expectativas son otras. Pero aun si eso llegara a pasar, seguiría entregando los fines de semana el periódico a mi clientela. Eso es algo que uno siempre tiene que cuidar.

Colaciones de azúcar La Cruz Verde

Φ LUIS BANDA

Yo soy sanroqueño de alma, vida y corazón: me dedico a preparar los dulces tradicionales conocidos como las colaciones.

Mi padre nació en la esquina de La Cruz Verde y cuando se conoció con mi madre la trajo a vivir en este barrio. Fruto de ese matrimonio nacimos trece hermanos, de los cuales seis murieron y siete quedamos vivos. Soy el penúltimo de todos ellos. Estoy cerca de cumplir los cincuenta y cinco años y, de ellos, he ejercido este oficio durante los últimos treinta: empecé a la edad de veinte y dos años.

Siempre he creído que estuve marcado para dedicarme a esto: uno nace destinado a algo y tiene que cumplir con ello. A todos sus hijos mis padres les dieron educación: mis seis hermanos son egresados de la universidad y solo yo me he logrado graduar. Soy Ingeniero en Finanzas, pero no ejerzo mi profesión.

La historia de este oficio inicia con mi abuela paterna, quien fue oriunda de Píllaro y desde muy pequeña, a eso de los diez u once años, se trasladó a vivir en Quito por el sector de San Blas. Ahí fue recibida por unas tías suyas, quienes ya habían sabido hacer la colación. Por eso se dice que en San Blas está el origen de estos dulces.

A los quince años mi abuelita se casa y viene, con mi abuelo, a la esquina de La Cruz Verde donde abre un local para empezar con su trabajo. Eso, según contaba mi papá, sería por el año de mil novecientos quince.

Todos mis tíos aprendieron a preparar la colación, pero de ellos el único que se dedicó por completo a este oficio fue mi padre. Mi madre lo apoyó en todo, siempre le tendió su mano, fue su compañía toda la vida. Mi mamá me decía que a mí, cuando era bebé, no me daban biberón sino que acostumbraban ponerme una bolita de dulce en la boca para que dejara de llorar.

Recuerdo que este trabajo siempre lo hacíamos en familia: con mis hermanos nos dividíamos lo que había que hacer. Uno pelaba el maní, otro enfundaba, otro lavaba los trastes, otro limpiaba. En época de Navidad el negocio incrementaba sus ventas y a nosotros nos faltaban manos para terminar todo el trabajo. Yo recuerdo que en esas épocas siempre me quedaba junto a mi mamá, hasta la madrugada, trabajando. Quizá por ese cariño que desarrollé con ella es que no he podido separarme de este trabajo.

La rutina de mis padres empezaba a las cinco de la mañana. Se levantaban para darnos café a los hijos y enseguida nos mandaban a la escuela. Solo entonces empezaban a trabajar. Yo hago lo mismo: me levanto a las cinco de la mañana, doy de desayunar a mis dos hijos, les paso dejando por la universidad y luego a este local, en donde laboro hasta la noche.

Para hacer los dulces tuesto el maní, luego lo pelo, lo mezclo con azúcar y voy batiendo hasta que se haga la colación.

Después se raspan las colaciones, se enfundan y se distribuyen. Luego vuelvo a raspar la paila, a preparar la miel y a hacer todo el proceso desde el principio. Así, todos los días. En este proceso me ayuda mi mujer, a quien conocí en este barrio. Llevamos 25 años juntos y se ha convertido en mi mano derecha.

El negocio se llama Las Colaciones de la Cruz Verde porque fue en ese sector del barrio San Roque donde nació. Lamentablemente, la casa en la que mis padres tenían originalmente su negocio no era de su propiedad: la vendieron y tuvimos que salir. Yo me fui con el negocio una media cuadra más arriba y aquí es donde me encuentro.

En todo este sector mi familia ha sido la única que tiene este trabajo. Para los niños del barrio representaba una alegría, pues salían de la escuela y se quedaban viendo cómo mi papá y mi abuela hacían las colaciones. Siempre hemos trabajado con las puertas abiertas, esa ha sido una característica de nuestra labor.

Los materiales que utilizo son el carbón, el fogón, una olla grande y la paila, que tiene más de cien años de uso. Soy la tercera generación que trabaja en esta paila.

Mi clientela es la misma que hace años: familias antiguas del centro de Quito que incluyen a hijos y nietos, y así van pasando esta tradición a sus generaciones futuras. No tengo nuevos compradores, todos pertenecen a esta cadena de tradición.

A pesar de que mi madre siempre se opuso a que siga con este trabajo yo pude mantenerlo. Ahora mis hijos saben este

oficio y lo dominan muy bien, pero eso no significa que lo vayan a seguir manteniendo más adelante. Ellos también están estudiando y, como yo, tendrán toda la libertad para elegir qué es lo que quieren hacer en el futuro.

San Judas es el santo más especial

Φ GONZALO GALLARDO

Yo soy oriundo del sector de San Diego y mi oficio es restaurar imágenes religiosas.

Antes de dedicarme a esto trabajaba para una empresa del Ejército que, de la noche a la mañana, cerró. Yo me quedé sin trabajo y durante algún tiempo anduve buscando empleo. Al no encontrarlo, mi esposa, quien había aprendido este oficio de su padre, me propuso que la ayudará en el taller. Así empecé a aprender y llevo en este trabajo diez años.

Lo que me pareció más complicado de este oficio fue la pintura: hacer los tonos adecuados para cada imagen. La compostura de santos no me era tan ajena: durante años, después de mi trabajo, venía a ayudarle a mi esposa y algo había aprendido. También de ella aprendí a trabajar el encarne en la piel: el secreto está en coger el tono del cutis para que el color no termine dejando marca.

Mi suegro era bien conocido en este negocio, por eso algunos de sus clientes se han mantenido con nosotros. Además han aparecido nuevos clientes, jóvenes y mayores que encuentran en las imágenes una tradición que se hereda de generación en generación.

La época del año en la que más clientela existe es la Navidad. El trabajo es muy fuerte: las jornadas van desde las ocho de la mañana hasta la ocho de la noche y después nos llevamos trabajo a la casa para terminar rendidos a las dos o tres de la mañana.

Una de las razones para que nosotros nos hayamos mantenido aquí es por seguir la tradición que nos inculcó mi suegro. Este es el arte de la familia y se mantiene.

Muchas imágenes llegan hasta nuestro taller. Entre ellas siempre me acuerdo con especial cariño de la imagen del Niñito Viajero: vino quemado totalmente. El señor que era su dueño pasó un mes sentado a mi lado: mañana y tarde, no se movía por ver cómo se le iba refaccionando a la imagen. Una vez que estuvo lista le tomó unas fotos y las mandó por fax a los Estados Unidos. Pero sucedía algo curioso: allá la foto salía borrosa y dejaba ver un poco feíto al Niño. Volvía a tomarle la foto y pasaba lo mismo. No entendíamos por qué, hasta que a alguien se le ocurrió vestir al Niño, ponerle sus ajuares. Ahí sí lo vieron en Estados Unidos radiante y limpiecito. Entendimos entonces que el Niñito estaba receloso porque le tomaban fotos desnudo.

Soy devoto y creyente del catolicismo, eso lo aprendí de mi madre quien siempre nos enseñó a respetar a todas las creencias. Ahora veo que hay nuevas religiones que no respetan a las imágenes, en lugar de inculcar la religión se dedican a desprestigiar a los demás, diciendo, por ejemplo, que a las imágenes no se les debería adorar porque están hechas por manos pecadoras.

Siento mucha alegría por mi oficio, creo que a todos siempre nos viene dado un don y éste que me inculcó mi señora me parece una linda forma de ayudar a los demás. Por eso siento especial pasión por mi trabajo, sobre todo cuando llega al taller la imagen de San Judas. Me da muchísima alegría poder componer a ese santo porque él es el patrono de las cosas imposibles. A mí me escuchó cuando estaba sin trabajo: yo iba a la misita que le dan cada lunes en la iglesia de Santo Domingo y le pedía que me ayude porque no tenía para sostener a mi hogar y la liquidación que la fábrica nos había prometido ya demoraba tres años. Y me cumplió: cuando me dieron el cheque de la liquidación me vino un poquito más que el monto que estaba esperando. Desde entonces le tengo muchísima fe.

Después de nosotros no sé si alguien siga este oficio. Un hijo mío nos ayuda, pero para él la restauración es más un pasatiempo.

Hemos aprendido a vivir de esta profesión: aquí, si no llueve, gotea. Lo único complicado es el tema de los arriendos. Ahí sí, diremos, hasta aquí nos trajo el río y de aquí no podemos pasar.

Esta primera edición de

LOS OFICIOS EN SAN ROQUE
Oralidad y Memoria

se puso en circulación en noviembre del 2013.

Fue construida en base al trabajo conjunto de Fabiola Nieto, Rosa González, Luz María Zambrano, Rosario Chiliguano, Rocío Carrión, César Anchala, Diego Salazar, Gonzalo Gallardo y Luis Banda.

Este es el ejemplar N° de un tiraje de 20, elaborados a manera de reflexión colectiva, a propósito del aniversario XXXV de la declaratoria de la ciudad de Quito como Patrimonio Cultural de la Humanidad.